



LA HOJA de PARRA



EDICIÓN ESPAÑOLA

Méndez Alvaro, 2, 1.º

Apartado 547.

Horas: de dos á cuatro de la tarde.

SUMARIO

CARAS BONITAS

VICENTE VEGA

Sección vermouth.

FIDEL PRADO

Glosa.

ADOLFO LLUCH

La duda.

E. LÓPEZ BUSTAMANTE

Cartas románticas.

SALVADOR VALVERDE

Frente al viejo Bizancio.

JUAN PINTO Y PARDO:

Efecto de... óptica.

TINO, P. K., CARLOS, M. GAR-

RRIDO y MENDA

Varios dibujos y retrato de Pilar

Alonso.



PILAR ALONSO

Excelente bailarina — y linda, linda — que ha realizado una brillante actuación en un teatro de Madrid que no nombramos
Biblioteca Regional de Madrid
para no hacerle el reclamo al teatro.

5 céntimos



El mejor disfraz

Para hacer desatinos,
los norteamericanos y los chinos.

CON decir que la herofina de mi cuento es multimillonaria y se llama Alicia, queda sobrentendido que la acción de esta verídica historietita transcurre en Norteamérica. Alicia Hardinge tenía así como sus

PLATONISMO



—Cuando hablo contigo, no me acuerdo para nada de que eres mujer...

—Ya ves, y yo creía que no te acordabas de que eras hombre...

veintitrés años, y la tontería de dos millones de dólares por dote. Alicia ardía en deseos de contraer matrimonio,

está bien en el mundo; pero la detenía el justificado temor de que su presunto esposo la pidiera pensando más en los millones de su dote que en sus prendas físicas y morales.

Y pensando, pensando cómo decidir en tan grave cuestión, se le ocurrió confiarlo todo a la suerte (¡cosas de América!), y aprovechando la proximidad de los Carnavales, organizó un baile de trajes, dispuesta a adjudicar su mano a aquel de los jóvenes neoyorquinos que vistiese el disfraz más original.

Entre la juventud de New-York había un gallardo «pollo», Jorge Cock llamado, que sentía cierta inclinación hacia la linda millonaria. Y esto precisamente, lo de los millones, era lo que le detenía en sus deseos. Jorge Cock, aunque gozaba de buena posición, no llegaba ni con mucho a igualar el capitalazo de miss Alicia, quien, por su parte, tampoco veía con malos ojos al muchacho; pero el temor de siempre, el maldito dinero, la impedía responder a las ardientes miradas de Jorge.

Llegó la noche del baile. Toda la gente joven acudió a él confiando a la originalidad de sus disfraces el poder lograr los dólares de miss Alicia. Esta tenía una sonrisa despreciativa para cada uno de aquellos ansiosos. Por los salones de miss Alicia desfilaron turcos, chinos, españoles, pieles rojas, «incroyables», cortesanos de Luis XV, caballeros de Enrique IV y otros vestidos con vistosos trajes de capricho, no exentos de originalidad.

A todo esto, Jorge Cock, invitado expresamente al baile, no llegaba. Alicia dirigía frecuentes é inquietas miradas a la entrada del salón en espera de verle aparecer disfrazado con el más original de los vestidos.

De pronto, un criado se acercó a

en el vestíbulo y solicitaba de la bondad de miss Alicia se dignase recibirle á solas, pues deseaba someter á su dictamen el disfraz que había adoptado.

General expectación causó semejante recado. Alicia sonrió esperanzada, y dió orden de pasar á mister Cock á su gabinete de «toilette», y se retiró, sumiendo á todos los invitados en el mayor de los asombros.

Un cuarto de hora duró la entrevista; al cabo de este tiempo, entraron en el salón Alicia y Jorge, cuyo disfraz consistía en un jaique blanco que le cubría de pies á cabeza.

Miss Alicia, denotando en su semblante la interior satisfacción, se dirigió á sus invitados, diciendo:

—Señores: Tengo el gusto de presentarles á mi prometido Jorge Cock, que acaba de mostrarme sus excelentes aptitudes para llenar á mi lado el cometido de cónyuge cariñoso y esforzado.

Malas lenguas aseguraron que Jorge Cock no llevaba bajo el jaique otro vestido que aquel con el que hizo su entrada en el mundo.

VICENTE VEGA.



GLOSA

Diciéndolo, no diré
lo que aquel pinar esconde
allí; ya recuerdas dónde
nos pasó... ya sabes qué.

CAMPOAMOR.

¿Recuerdas? ¡Qué hermoso día
fué aquel en que, sin pensar,
nos fuimos hasta el pinar
á charlar entre su umbría!
Tendidos bajo la sombra
de los pinos resinosos,
nos brindó el verde su alfombra
como un lecho. ¡Qué dichosos
fuimos! Nunca olvidaré
el rato que allí pasamos:
lo que en el pinar gozamos,
«diciéndolo, no diré»,
pues, lo mismo que en la mía,
grabado está en tu memoria.

SIN ESPERANZA



—No te descorazones, Luisilla, que el hombre más apático oye algunas veces la voz de la naturaleza.

—Si; pero tú debes ser muy sordo...

el pinar era la gloria.
Cuando invoco aquella escena,
fiel el recuerdo responde.
¿Recuerdas tú igual, mi nena,
«lo que aquel pinar esconde»?
Mil veces me he dirigido
por el prado á pasear,
y mil me marché al pinar
por el recuerdo atraído;
y á impulso de un no sé qué
que en mi corazón se esconde,
todos los ratos pasé
«allí... ya recuerdas dónde»,
invocando entre la umbría
de los pinos resinosos
los recuerdos cariñosos
del idilio de aquel día.
¿Tú no sabes por qué fui
al pinar?... Te lo diré,
¡porque allí
«nos pasó... ya sabes qué»!

LA DUDA

EN el corazón de Ricardo—hombre nervioso é impulsivo—nació el recelo y la inquietud. A pesar de las innumerables protestas de cariño de su esposa, la encantadora Laura, no podía sustraerse á la suposición de un probable engaño. Luis, más joven y más apuesto que él, ha-

BUEN CONSEJO



El.—Mira: te dejo porque tengo que ir á casa de mi banquero.

Ella.—Pues, otra vez, procura ir á casa de tu banquero antes de venir aquí.

bia sido novio de Laura durante dos años, y aquel afecto anterior al suyo podía haber dejado rescoldos en sus corazones para avivarse en la ocasión menos pensada. Aquella constante relación de Luis con su familia la consideró Ricardo sumamente peligrosa, hasta el extremo de que el amigo leal de la casa fué temido por él como á

taba á Ricardo que su matrimonio con Laura fué debido, más que al cariño que ésta le profesara, á las maquinaciones de sus padres, que vieron en él á un excelente partido para su hija. En esto se afianzaba más su intranquilidad, sintiendo en su pecho acrecentarse cada vez más la cegadora hoguera de los celos, y dominada por ella no comprendía que Laura, mujer dignísima é incapaz de hacerle una traición, había ahogado en su pecho—con abnegado esfuerzo—aquel primer amor para respetar la voluntad de sus padres. Segura de sí misma, con la sana tranquilidad de espíritu que da el deber cumplido, no la importaba ver cerca de sí á su antiguo novio, porque para ella ya no existía más que el amigo actual. Por su parte, Luis, que en más de una ocasión lloró en silencio la infelicidad de aquel matrimonio, y en silencio también seguía adorando á aquella mujer, jamás se atrevió á insinuar el más mínimo acto que pudiera interpretarse como deseo de una pasión rastrera. Primero, porque veneraba en ella el recuerdo del afecto más puro de su vida, y la posesión insensata de su cuerpo no colmaría jamás los anhelos de quien aspiró á poseerla en cuerpo y alma; después, por respeto al amigo. Sin embargo, la lucha íntima que sostenía Ricardo consigo mismo era cada vez más titánica, más absurda, más ciega, y amenazaba estallar con ímpetu indomable.

Un incidente ocurrido en el Círculo una tarde llevó al ánimo de Ricardo la equívoca convicción del engaño. Varios amigos de Luis, conocedores de las relaciones que en otros tiempos sostuvo con Laura, le hicieron objeto de mortificantes alusiones. Noblemente, Luis rechazó indignado aquella suposición, llegando en su acaloramiento á agredir al principat autor de las frases insidiosas, y afirmando energicamente que la dignidad de Laura era inquebrantable por él ni por nadie en el mundo. A los pocos minutos alguien enteró á Ricardo de lo ocurrido. Y éste, en lugar de agradecer la caballerosa conducta del amigo, se ensimismó en las más inverosímiles conjeturas. ¿Por qué tanto le interesaba la honra de Laura si no había nada entre ellos más que una ligera amistad?

LAS OFICINISTAS



—Señor, ¿me concede usted un día de licencia para asistir al entierro de mi abuelita?

—Buena, pichona; pero como es la segunda vez que se muere en el mismo año, dile que si vuelve á morirte te echaré á la calle.

do de todos los derechos humanos para defenderla? ¿Por qué, pues, había llegado hasta el extremo de comprometerse por una mujer casada y que nada debía importarle? En su ceguera no comprendía la elevada nobleza de aquella acción. Y sintiéndose humillado en su amor propio y acariciando en su mente obcecada el anhelo de una refinada venganza, regresó Ricardo aquella noche al hotel que habitaba con su esposa.



Laura protestaba de aquella imposición con lágrimas en los ojos:

—Por quien más puedas querer en el mundo, Ricardo, castigame si me crees culpable, pero no me obligues á escribir esta carta infamante. Porque es un absurdo lo que supones; te lo juro. Vuelve en tí, sométete á la prueba más dura que quieras, pero que esa duda horrible no llegue á conocimiento de quien jamás ha osado mancillarte.

Suplicante, humillada, alzando hasta él aquellos adorables ojos azules, puros como el alma que flotaba en ellos, Laura imploraba compasión de aquel hombre que inexorablemente la obligaba á tender una emboscada ruin á otra persona tan inocente como ella.

Ricardo, excitado, violento, se impacientaba ante la resistencia de su mujer. Y obligándola á viva fuerza á sentarse ante su mesa de trabajo, le dictó impasible unas líneas en las que

alegando haberse enterado de lo ocurrido en el Círculo, daba á Luis una cita en el invernadero de su hotel, á las diez de la noche del día siguiente. En ella puntualizaba también que Ricardo no estaría en casa á aquella hora. Sobre la firma temblorosa de Laura cayeron algunas lágrimas, emborronándola. Ricardo recogió el escrito y lo encerró en el sobre, mientras su mujer le anatematizaba indignada:

—¡Esto es inicuo! ¡Indigno de un caballero! Por la fuerza me obligas á hacerme cómplice de tu insensatez; pero Dios sabe que desprecio tu acción con mi alma entera... ¡Y guárdate muy bien mañana de dejarte arrastrar por tu ridículo arrebatado, porque no respondo de mis actos si te aventuras á agredir á ese hombre incapaz de la acción que le atribuyes!

Ricardo, disimulando el rencor que aquellas frases le produjeron, sonrió irónicamente y salió de la estancia. Entonces Laura pudo desahogar la amargura que aquella duda injustificada había acumulado en su pecho, y la que tantas veces había soportado con abnegada resignación las vicisitudes que el carácter de su marido la ocasionara, por primera vez en su vida renegó de la hora aciaga en que había accedido á su matrimonio.



Luis leyó con sorpresa la extraña misiva de Laura. Jamás había sospechado que ésta pudiera faltar á sus deberes de esposa. Pero el motivo que

DE LA BUENA SOCIEDAD



—Mi sueño dorado, Enrique, es que me quieran por lo que yo valgo. ¡Imposible, tu fortuna te lo permite

alegaba para citarle con aquel misterio parecía, sin embargo, encubrir algún propósito malsano. Si así fuera, él sabría sustraerse á su influjo. Por ella y por su misma conciencia, que no le permitiría 'emponzoñar la existencia de aquel matrimonio. Y dominado por una creciente curiosidad, no exenta de algún recelo, acudió á la cita á la hora indicada.

Laura fué conducida al invernadero á la fuerza por su marido. Este se había ocultado tras un cortinaje, y esperaba ansioso la llegada del supuesto rival, mientras en su cerebro calenturiento un odio salvaje le inspiraba terribles ideas.

La noche era espléndida. Por el amplio ventanal del invernadero, á través de los cristales, penetraba la poética claridad de una hermosa luna de primavera. Los árboles del jardín se

mecían dulcemente, agitados por la brisa. En el aire flotaba el suave perfume de las flores que embellecían el recinto. El lugar amenazado por la tragedia más parecía propicio á ser testigo inquebrantable de una romántica aventura de amor...

Acompañado del criado, que atendiendo las órdenes de Ricardo esperó en la puerta del jardín á Luis, entró éste en el invernadero. Respetuosamente se descubrió ante Laura, y, después de un cortés saludo, aguardó interrogante á que ella deshiciera el incógnito de aquella cita. Laura no podía hablar: una emoción intensa le entorpecía la lengua. Era un supremo esfuerzo el que todavía la sostenía en pie ante su antiguo novio, porque sentíase desfallecida por el dolor, que en vano intentaba disimular. Nerviosa, deshojaba entre sus manos una her-

DEL HIPODROMO



—¡Hoy la ha dejado venir su esposo!
 —Ca, no; no lo sabe. Siempre que tengo á hacer la carrera tengo que engañarle...

mosa rosa de té, fijos sus ojos en ella, pretendiendo justificar en aquel frívolo jugueteo, su angustioso silencio. Luis, extrañado, se atrevió á balbucear:

—¿Laura?...

—¡Dios mío! Esto es horrible—exclamó ésta, no pudiendo contenerse. Y, decidida ya á todo, corrió hasta la cortina en que se ocultaba Ricardo, y, descubriéndolo, continuó con energía:

—¡Ahí lo tienes! Mi marido, Ricardo, que sospecha de nosotros, que duda de mi honradez y tu caballerosidad. Ahí lo tienes. Abrele los ojos, cegados por unos ojos incomprensibles, y dile toda la verdad, si es que algo condecible hay entre nosotros.

Luis contuvo á duras penas un movimiento de ira contra aquel hombre que tan injustificadamente dudaba de su esposa. Sus manos cerráronse crispadas, y entre dientes musitó una violenta exclamación. Ricardo, completamente fuera de sí al verse descubierto y observar la actitud de Luis, creyó que iba á ser agredido, y, sin darse cuenta precisa de lo que hacía, disparó el revólver que empuñaba contra su amigo. Este, herido, corrió hacia él; y, en lucha violenta, forcejeó por arrebatarle el arma, todavía humeante. Ricardo se revolvió furioso. Luis no agredía; únicamente pretendía evitar que su agresor hiciera sobre él un nuevo disparo. Horrorizada por la escena, Laura corrió al jardín, reclamando auxilio desesperadamente.

Unos segundos después, dos criados, atraídos por el ruido de la detonación y los gritos de Laura, entraban en el invernadero, y, con grandes esfuerzos, consiguieron separar á los contendientes. Ricardo, sujeto por los criados para evitar que nuevamente agrediera al herido, se esforzaba por desasirse. Luis, al quedar libre, á pesar del dolor que le producía la herida, en un arranque que demostraba la honradez y nobleza de su alma, intentó justificar todavía la acción de Ricardo, pronunciando trabajosamente algunas frases:

—Caballero... un error... funesto...

No pudo continuar. La pérdida de sangre, que copiosamente caía de la herida del pecho, le ocasionó un desvanecimiento: unos segundos se sostuvo aún vacilante, y, extendido, se desplomó sobre una silla, con-

traído su rostro violentamente por una amarga expresión de dolor. Laura, con el cabello desprendido, agitada por una respiración jadeante que amenazaba ahogarla, ante la vista de aquel hombre leal, inicuaente agredido por su esposo, sintió una repugnancia invencible hacia éste, al mismo tiempo que en lo más íntimo de su pecho renacía el fuego de una pasión lejana, ahogada violentamente, y no pudiendo contenerse, tuvo un rasgo de suprema rebeldía contra su marido, y exclamó enloquecida:

—¡Pues bien! Para que lo sepas: ¡he querido á este hombre con todo el

LA CRISIS OBRERA



El.—«Usté» podía ser una solución «pa» mí.
Ella.—¿Por qué?
El.—Porque con «usté» yo creo que no me había de faltar trabajo.

amor de mi alma! Pero hasta hoy le quise en silencio, porque te respetaba á ti; y hoy no: hoy que no mereces mi respeto, le quiero ante ti y ante todo el mundo; porque es más noble que tú... Le quiero, y... ¡mira cómo le quiero!

Y arrojándose sobre el cuerpo desvanecido de Luis, le abrazó con apasionamiento, estampando en sus labios un beso, en el que puso todo el inmenso cariño que durante mucho tiempo había sacrificado en su corazón.

ADOLFO LLUCH.

Cartas románticas

DE ELLA

Su carta me ha hecho pensar mucho y reir bastante. No imaginé nunca que usted pudiera enamorarse así, repentinamente, de una pobre chicuela que apenas conociera ayer.

Luego, su viaje tan brusco á Madrid no me dejó la menor duda de que usted se había aburrido inmensamente las pocas horas que pasó en Avilés y en nuestra compañía... ¡Debemos pare-

DEL NATURAL



(El ciudadano del grabado está viendo á su mujer con otro, y, sin embargo, nosotros lo la vemos. ¡Para que digan que el marido es el último en enterarse!)

cerle tan insulsas las provincianas á los madrileños!...

Pero ¿es posible que usted se haya enamorado verdaderamente de mí?... El asunto, por su novedad, me parece curiosísimo y digno de la atención Regional de Madrid. Un madrileño rico, joven, guapo (iva-

mos, que se me escapó el piropo!), que ha viajado tanto, que ha conocido tantas mujeres bellas, que habrá amado y habrá sido amado mucho, y que al venir á provincias á ver á sus tías y econtrarse con esta pobre chica sólo sabe hablarle de su aburrimiento infinito en la Corte para volverse allá, sin embargo, esa misma tarde y escribirle luego una carta de amor con una declaración rápida, desbordante... ¡Vaya, que la cosa es rara!

Usted convendrá conmigo, señor de Fuencarral, en que mejor me hubiera dicho esas cosas usted mismo, por propios labios, allá, cuando nos encontramos solos, bajo la enramada de acacias, sin atrevernos á mirarnos los ojos: usted haciendo dibujitos en el suelo con su bastón; yo, estropeando una lila con los dedos, hasta que llegó su tía á sacarnos de esta actitud, romántica si usted quiere, pero que ya iba siendo ridícula. ¿verdad?... Quizás entonces nos hubiéramos entendido mejor; hubiera sido más humano que usted me hubiera hablado entonces de su amor, más humano, con más encanto y más sinceridad que haberlo hecho en una de estar cartas en que la intensidad de la «pasión sentida» depende casi siempre de la habilidad del escritor que la describe... Luego, si toda su carta dice verdad, ¿por qué salió usted disparado para Madrid, si allá iba á aburrirse y acá estaba yo?

DE ÉL

¿Por qué volví disparado á Madrid, donde me hastió, y no me quedé en Avilés con usted?... No sé...; mejor dicho, no quisiera saber.

Fué una huida cobarde del que ha llegado á temerle al amor por haber amado mucho y muy triste y amargamente; porque, aunque usted, joven y alegre, toda llena de ilusiones, sin haber sufrido un dolor ni un desencanto, no pueda tal vez creer estas cosas, en veces, amar resulta muy triste, amiga mía...

Después, aquí, lejos de usted, en el fastidio de esta gran ciudad, inmensa pero vacía para mí, á fuerza de transitar tanto sus calles, de conocerlo todo y de haber gozado todos sus placeres, no he podido refrenar mis ansias de decirle á usted algo de mi

alma, y no en mentidos lirismos como usted supone, sino muy sinceramente, con toda la sinceridad del que hace tiempo se hartó de mentir... No he podido prescindir de contarle á otros oídos que no fueran los de las frívolas y mundanas mujeres que han pasado por mi vida, todas mis ansias espirituales por un amor ingenuo y franco, por el amor de una provinciana como usted, que no haya saboreado un «flirt» ni probado más besos que los de su padre.

Y no es que yo sea un romántico atrabiliario, ni quiera interesarla con leyendas sentimentales, como hay quien haga para inspirar piedad, ya que no amor; y no es que yo quiera, ¡libreme Dios!, contagiarla de este mal de «spleen» que me consume, sino que he sufrido tantos reveses galantes, desde una vez en que creí me amaran con toda el alma hasta otra en que creí amar con toda la mía, que si ahora me encuentro con un alma ingenua, con un alma buena y suave como la suya, me da tanto miedo volverme á enamorar, le temo tanto á un nuevo engaño de esa alma ó de mí mismo, que huyo, huyo muy lejos, donde la dulce amargura de un nuevo cariño desleído en peligrosas mentiras románticas no pueda alcanzarme otra vez.

Sino que en esta ocasión me temo que de muy poco va á servirme mi huida, y que no muy tarde habré de volver á Avilés, habré de volver á encontrarla bajo la enramada de acacias para decirle entonces esas cosas que no me atreví á contarle aquella vez por todo esto que le he contado ahora.

Y es probable que, entonces usted me escuche mejor de lo que me hubiera escuchado antes, porque ya habremos aprendido á conocernos algo en estas cartas íntimas en que usted, á fuer de ingenua, y yo, á fuer de sentimental, dejaremos ir viendo, nos iremos mostrando nuestros mutuos anhelos, nuestros ensueños, y quizás, ¿por qué no?, hallemos al fin, en nosotros mismos, el modo de llenar de alma á alma esos vacíos espirituales que, tal vez, de cerca, ofuscados por una peligrosa vehemencia erótica, no encontraríamos cómo llenar...

DE ELLA

Ayer recibí su carta. Fue Biblioteca Regional de Madrid ~~destado~~ usted conmigo aquí, cer. A esa hora que usted sabe, tan si-

lenciosa, tan triste, sobre todo en los campos, donde el alma de los crepúsculos parece irsenos entrando lentamente, como un tornillo sin fin, al que cada recuerdo diese una pequeña vuelta, muy hondo, profundamente, dentro de nuestro propio espíritu.

RAZON QUE CONVENCE



Ella.—Pero si yo te amase un poco seriamente, ¿crees tú que podría aguantarte?

Y vea usted que yo, siempre tan alegre, tan contenta de todo, no sé si por la hora triste, no sé si por la tristeza de su carta ó quizás más bien por las dos cosas, ¡sentí unas ganas de llorar!... Y, ¿por qué no decirselo?, lloré, lloré mucho...

Jamás sentí tan cerca un dolor. Jamás creí que hubiera alguien tan desconsolado de la vida como usted... Hubiera querido estar allá en Madrid ó en Avilés: tal necesidad sentí de con-

solarle, de decir que amara la vida y que olvidara tantas cosas tristes... ¿A qué pensar en esos amores muertos que no pueden traerle sino melancólicos recuerdos? ¿A qué desdenar nuevas ilusiones por las desilusiones pasadas si todo podría remediarse con un poquito de voluntad y de olvido?...

Usted me quiere, ¿verdad? Pues olvide á las que le engañaron, ponga toda su alma en mí, y no piense en un nuevo engaño, que, créalo, no habría yo de darle... Yo no puedo decirle todavía que le amo; no puedo, entienda bien, porque aún no lo sé, y no iba á decirle una cosa de la cual no estoy muy cierta; pero sí puedo afirmarle que usted me interesa, y ya esto es algo, porque ningún hombre logró nunca interesarme... Si usted cree en mi cariño, de amiga por ahora; si usted cree llegar á ser feliz con mi amor, ¿á qué pensar cosas tristes, á qué decirme cosas que me hacen llorar, en vez de dedicarse á convencerme de que debo amarle?

Crea usted, querido amigo, que yo no haría resistencia: me dejaría llevar por su mano á través de ese mundo que no conozco mas que de oídas, y que, por lo mismo, no sé si me cautivaré, y haría lo posible por amarle, hacerle feliz á usted, á quien no ten-

go por qué hacer más desdichado con mi desdén... Ya ve usted: soy ingenua de verdad; le dejo ver mi alma sin que usted me lo pida; esto se lo debía, porque usted me ha mostrado la suya sin exigírselo yo. Por estas ingenuidades mías otros, quizás, me creerían loca; usted, en cambio, habrá de quererme más...

DE ÉL

Su carta, su divinísima carta, que no he sabido si he leído en sueños, me ha parecido maravillosamente bien, «divinamente humana»...

No sabe usted cuánto ha podido contra ese pasado triste mío y á favor de este presente alegre... No le hablaré más de aquellos tiempos, porque no más habré de sentirlos.

Usted me ha mostrado el camino de la vida, ha vuelto á mi alma todas mis viejas ilusiones, que ahora veo no estaban muertas, sino olvidadas, y dispuesto estoy á olvidarlo todo, todo, para no acordarme mas que de usted... De usted, que me ha dicho tantas cosas enormes, y que, sin prometerme nada, tanto me ha prometido...

¿Quiere usted prometerme también que, si voy á Avilés, no me pesará el viaje?...

Llegaré una de estas tardes en que ya el crepúsculo, por triste que sea, no podrá entristecernos á ninguno de los dos. Usted me aguardará en la estación con mi tía, y cuando yo salte al andén, tendrá para el que llega una sonrisa de amor y un ferviente apretón de manos... ¿Quiere usted que vaya?...

DE ELLA

Venga usted. No le pesará.

ENRIQUE LOPEZ BUSTAMANTE.

LO QUE ELLAS DICEN



—¿Te gusta este sombrero que me ha regalado Cario?

—Es precioso. A mí me regalaron uno cuando estaban de moda.

Pronto,

«EL INFIERNO»

Director - archmandista:

EZEQUIEL ENDÉRIZ

COLABORADORES. — Calderón de la Barca, Cristóbal de Castro, Shakespeare, Oteyza, El Dante, Luis de Tapia, Iglesias Hermida, Jalón, Víctor Sarabia, Bejarano, Jerónimo Gómez y Benedito XV

CINCO CÉNTIMOS

DEL ORIENTE REMOTO

frente al viejo Bizancio

Los atardeceres en el puerto
cuando parpadea el primer lucero vespéral...
¿habéis visto nada más incierto,
más vago, más dulce, más lírico, más sentimental?

La primera estrella rauda brota
como un loto argénteo sobre el tapiz pálido y azul,
y hasta el buque llega, grave y rota,
una canción vieja de los arrabales de Stambul.

En la quietud mágica y ambigua
el alma se entrega á la paz de la meditación,
mientras oye la canción antigua
que habla de tristeza, de amargura, de resignación...

La luz roja y marina se mece
en el agua, adonde se ven las estrellas bajar,
y el crepúsculo en el mar, parece
un dulce paisaje de ensueño envuelto en la plata lunar.

Un blanco bergatín lento surca
las aguas dormidas. Y en cuanto ancla el bergatín,
en la antiquísima ciudad turca
desde un alminar dice la oración de la tarde el muecín.

Y tras la oración se oye una copla
que canta un borracho en un canallesco bodegón,
y se duerme así Constantinopla
arrullada por la copla y la oración.

Cuando las estrellas vespertinas
trémulas se asoman y de plata inundan el azul,
llegan las hetairas bizantinas
y ofréncense impúdicas á los marineros... Stambul,
en la milagrosa noche maga,
inmóvil, silente, se espeja en el mar,
y su lírica silueta vaga
parece un fantástico sueño lunar.

SALVADOR VALVERDE.

Efecto de... óptica

EL nombramiento del general de brigada Gómez para el cargo de jefe del cantón de Caballería en A..., población próxima á la Corte, fué perfectamente acogido por todos los jefes y oficiales del Arma, que mataban las horas de una forzada ociosidad en los salones del casino militar entre discutir las reformas del ministro del ramo y tirar de la oreja á Jorge en cuanto lo permitía la estrechez de las respectivas pagas.

Dos razones poderosas había para considerar acertados el nombramiento del general Gómez para jefe de aquel cantón militar.

La primera, la brillante hoja de servicios de tan bravo militar, en la que contaban once campañas en la Península y Ultramar, y algunas heridas recibi-

das con gloria en el campo de batalla.

La segunda, la hermosura de su mujer, la bella Hortensia, providencia de los capitanes y amparo de los jóvenes tenientes recién salidos de la Academia, á los que prodigaba las más delicadas atenciones, no exigiendo para esto mas que la condición de ser buen mozo y lo suficientemente emprendedor para no asustarse ante los terribles bigotes fieramente levantados en punta del brigadier.

Lo cierto es que, desde que su marido alcanzó la suspirada faja de general, la bella Hortensia se ha colocado á la altura de las circunstancias, no faltando malas lenguas que aseguren que no es solamente un entorchado lo que su marido luce en la cabeza.

Ello es que si el general jamás permitió bromas en asuntos de disciplina, hoy no consiente la más pequeña falta en el servicio, siendo uno de sus mayores cuidados la corrección de sus oficiales en el modo de llevar el uniforme ni que se les escape el detalle más insignificante.

La altura del cuello de la guerrera, el astracán de «la pelliza», el brillo de los botones y del sable, lo ancho ó estrecho del pantalón, que debe modelar las formas varoniles de un oficial, todo es objeto del examen más minucioso, y primero consentiría en que su mujer se presentase en camisa que el que un subalterno lo hiciera con los guantes sucios ó el cinturón sin abrochar.

Estas son sus palabras, á las que, naturalmente, asienten con calor todos sus subordinados, sintiendo con toda su alma que no llegue tal ocasión de poder admirar al natural á la hermosa brigadiera.

Ahora anda muy preocupado el señor general con las expe-

MUJER DE POSICION



—Yo necesito, señorita, una *Biblioteca Regional de Madrid* posición...
—Pues yo tengo dos ó tres bastante buenas.

¡POR LA CINTURA!



Ella.—Mamá dice que tú eres el diablo.
 El.—Y la mía dice que no tiene el diablo por
 donde cogerte; pero ya ves que sí...

riencias de un nuevo sistema de co-
 rraje para sus monturas, y todo el
 tiempo que le deja libre el desempeño
 de su cargo lo pasa encerrado en su
 despacho combinando cabezadas, co-
 llerones, baticolas y falsas riendas.

Entretanto, la encantadora Hor-
 tensia, retirada en su cuarto de «toi-
 lette», situado al extremo de la casa,
 sostiene una franca y animada con-
 versación con el capitán Montenegro
 (guapo muchacho de veintiocho años,
 alto, moreno, bien formado y con una
 dentadura más blanca que la nieve, y
 á la que debe no pocas conquistas), y
 uno de los pocos oficiales que «le han
 caído bien», según la frase del gene-
 ral.

De repente, los clarines del regimien-
 to tocan á rancho, y el capitán Mon-
 tenegro, que está de semana y su pre-
 sencia es necesaria, corta bruscamen-
 te la conversación, se abrocha la gue-
 rrera precipitadamente y se despide
 de Hortensia... hasta la primera...

Pero en todo no se puede pensar á
 la vez, y preocupado Montenegro con
 la precisión de llegar á tiempo al cuar-

tel, desde donde sonaba furiosamente
 la segunda llamada, olvidó el sable,
 que, para estar con mayor comodidad
 en su conversación con Hortensia, ha-
 bía dejado en el rincón de la chime-
 nea.

—¡Anda, demonio!—dijo ésta.—Pa-
 co ha olvidado su sable; á la noche
 se lo enviaré.—Y al mismo tiempo, sin
 conceder mayor importancia á este
 detalle, arreglaba ante el espejo de
 su tocador las ondulantes masas de
 su espléndida cabellera rubia, algún
 tanto descompuestas en el calor de la
 conversación con el capitancito.

Al oír el primer toque de las corne-
 tas, el general se acercó al balcón que
 daba á la plaza, que en tales casos se
 llenaba de oficiales y soldados que
 apresuradamente se dirigían al cuar-
 tel, prestándole así la ocasión de pa-
 sar una pequeña revista sin que ellos
 se apercibiesen, notando las pequeñas
 faltas que en la corrección del unifor-
 me tenía tan severamente prohibidas
 y por las que les dirigía sus corres-
 pondientes chillerías.

Precisamente lo primero que se
 echó á la cara fué al capitán Monte-
 negro, que á un paso ligero se dirigía
 al cantón.

LO QUE ELAS QUIEREN



Biblioteca Regional de Madrid
 me preste una escalera para
 escaparme al baile de la HOJA DE PARRA?

Pero, ¡oh, horror de los horrores!... ¡Sin sable! ¡Un oficial de semana sin sable! Abrió precipitadamente el balcón, y le llamó con voz formidable, haciendo señas de que subiera inmediatamente.

Montenegro se apresuró á obedecer, y ya en el portal de la casa, notó que le faltaba el sable; y como le era imposible ir á las habitaciones de la generala por el temor de que el brigadier lo comprendiera al ver su tardanza, decidió descolgar de una panoplia que adornaba el recibimiento uno de los sables del propio general, ciñéndoselo rápidamente.

Cuando entró en el despacho de su jefe, su atavío militar no tenía una falta.

—¡Mil bombas!...—se dijo el general, mirándole con ojos sorprendidos—. Por lo visto me he equivocado.

Y como el capitán le preguntó qué tenía que mandar, le contestó con mal humorado acento:

—Nada... Una idea que se me ha ocurrido, pero que no corre prisa... Dispense usted, y hasta luego.

Montenegro saludó militarmente, y girando sobre sus talones, bajó la escalera, no sin dejar en su puesto de la panoplia el sable que acababa de salvarle de un regaño.

Pero como para ir al cuartel tenía que volver á pasar por delante de los balcones del general, la estupefacción de éste no reconoció límites al verle otra vez sin sable.

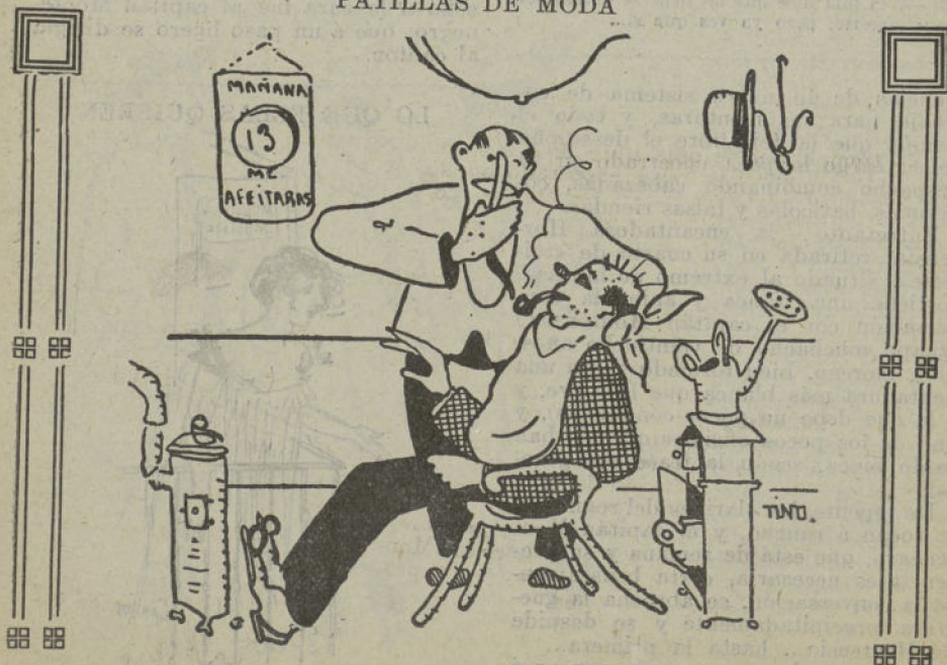
—¡Capitán, capitán!—le gritó con toda la fuerza de sus pulmones—. Suba usted, suba usted en seguida.

Montenegro obedeció nuevamente, y otra vez completó su atavío militar á expensas de la panoplia del general.

Jamás se presentó más atildado que entonces, haciendo chocar el sable y los espines contra las losas de mármol del pavimento.

El general se frotó los ojos con verdadero furor.

PATILLAS DE MODA



—¿Cómo la quiere usted: recta ó larga?

—¡Caramba! Pues me pone usted en un compromiso, porque á mi novia le gustan rectas y largas.

—¡Capitán, creo que tengo algo en la cabeza, pues ahora no me acuerdo de lo que iba á decir!—exclamó el pobre hombre con voz doliente.

—Busque usted bien, mi general—repuso Montenegro con calma.

—No; lo creo inútil—contestó mor-

CHIQUILLADAS



—Verás el día que tu mamá te vea con Luisín.

—Pero, tonta, ¿no ves que Luisín procura llevarme donde no nos vea nadie?

diéndose con rabia sus enormes bigotes.

—En verdad, mi querido Montenegro, que no sé cómo pedir á usted mis excusas.

—¡Bah! No merece la pena, mi general... Siempre á sus órdenes.

Y, saludándole, se fué nuevamente á colgar el sable y escapar hacia el cuartel como alma que lleva el diablo.

Pero mientras bajaba la escalera, el general, seriamente alarmado acerca de sus facultades intelectuales, y temiendo un ataque cerebral, empezó á tirar de la campanilla de su despacho como si hubiera estallado un incendio formidable.

Al espantoso campanilleo acudió

presurosa Hortensia, temiendo algún grave accidente, y antes de que pudiera decir una palabra, su marido la arrastró materialmente al balcón, y señalándole al capitán Montenegro, que á escape atravesaba la plaza, le dijo con acento aterrador:

—¡Hortensia!... ¡Ves ese oficial?

—Sí—dijo la pobre mujer toda temblorosa.

—¡Es el capitán Montenegro, no es cierto?

—Sí—repitió la infeliz, más muerta que viva.

—¡Bueno; pues míralo bien!

La bella Hortensia tuvo que apoyarse en la barandilla del balcón, pues sus piernas se negaban á sostenerla.

—¡Míralo—repitió con voz de trueno—, y dime si lleva ó no lleva sable!

Creyendo todo descubierto, juzgó inútil el mentir, y balbuceó resignada:

—¡No, no lo lleva!

E inclinando la cabeza, esperó el golpe mortal.

—¡Pues te engañas—oyó exclamar con voz alegre el general—: lo lleva, y muy bien puesto!

Con la rápida intuición de las imaginaciones femeniles, comprendió que no había el peligro supuesto, y lanzándole una mirada un tanto burlesca á su marido, le contestó, haciendo un gracioso mohín:

—¡Puede!...

JUAN PINTO Y PARDO.

FOTO grafías artísticas del natural. Catálogo detallado, 30 céntimos sellor; con varias muestras surtidas, 4 pesetas, sellos ó giro postal.

b. leonard, sucesor

Calle Padua, Barcelona.

Agentes exclusivos en Suramérica,

MASIP Y COMPAÑÍA

RIBADAVIA, 638.—BUENOS AIRES

Viuda de José Lerín

encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid (Abada, 22, tienda).

Biblioteca Regional de Madrid

Establecimiento tipográfico de EL LIBERA L.

PASTORA IMPERIO ■ ■ ■ LIBRO DE INTIMIDADES

UN TOMO EN 8.º DE 130 PÁGINAS, 2'50 PESETAS

CONTIENE ESTE LIBRO: «El relicario de sus confidencias». — «Cómo empezó á bailar Pastora». — «La gloria del *début*». — «Los dos duros más bendecidos». — «Por qué pasó á llamarse *Pastora Imperio*». — «Un célebre baile de máscara». — «Los comienzos de la *Fornarina*». — «Los amores de la *Imperio* y el *Gallo*». — «La *Imperio* sueña con ingresar en un convento». — «La *Imperio*, en su hogar». — «Su devoción por la Virgen de la *Esperanza*». — «Caridad hermosa», etc., etc. — Una magnífica portada y profusión de fotografías. — Se envía á provincias, certificado, por 3 pesetas en sellos de Correos, ó Giro Postal. — Los pedidos, con su importe, únicamente á **Antonio Ros**, librero, **Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid**.

Exportación por mayor de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero. — ON PARLE FRANÇAIS.

ANTES, EN EL LECHO CONYUGAL, Y DESPUES

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es, pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas**. Buenas librerías de España. En Madrid, Fe, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo, certificado, enviando 3 pesetas por Giro Postal á *Archivo*, Apartado 432, Madrid.

CUATRO LIBROS INTERESANTÍSIMOS

«Misterios y secretos del lecho conyugal» (dos tomos con grabados).

«Tortilla al ron» (un tomo de 260 páginas).

«Páginas de Amor» (un tomo de 110 páginas, con grabados).

Se remiten, certificados, á provincias los cuatro tomos por SEIS PESETAS. Al Extranjero van por SIETE FRANCOs Ó UN DOLLAR.

LOS PEDIDOS, CON SU IMPORTE, ÚNICAMENTE Á ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DERECHA, MADRID.

Biblioteca privada — *Catálogos gratis*, remitiendo sello de 0,50 pesetas.

Exportación de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero. — *On parle français*.

LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS
HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

ESTABLECIMIENTO

TIPOGRÁFICO DE "EL LIBERAL,"

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas ilustradas. — Cartas. — Folletos. —
" Memorias, etc., etc. "

Marqués de Cubas, 7.-Madrid